La sublevación republicana de Jaca, en 1930:

Fermín Galán

José Monleón

EL éxito de «El hombre deshabitado», el primero de sus estrenos, impulsó nuevamente a Alberti hacia el teatro. Para descansar de los ajetreados días vividos durante las representaciones de dicha obra en la Zarzuela —cargados de resonancias políticas—, él y María Teresa León se marcharon a Rota. Y allí, apenas llegado, comenzó a escribir una nueva obra, a la que incluso llegó a poner título, «Las horas muertas». Paralelamente, se puso a trabajar en un romancero dedicado a la vida de Fermín Galán, fusilado meses antes en Jaca, y nacido en la isla de San Fernando, no lejos de Rota. En el Ateneo de Cádiz, según cuenta en sus Memorias, Rafael se atrevió a recitar —tras decir la «Elegía cívica», su primer gran poema político— uno de sus romances a Fermín Galán:

Noche negra, siete años
de noche negra sin luna.
Primo de Rivera duerme
su sueño de verde uva.

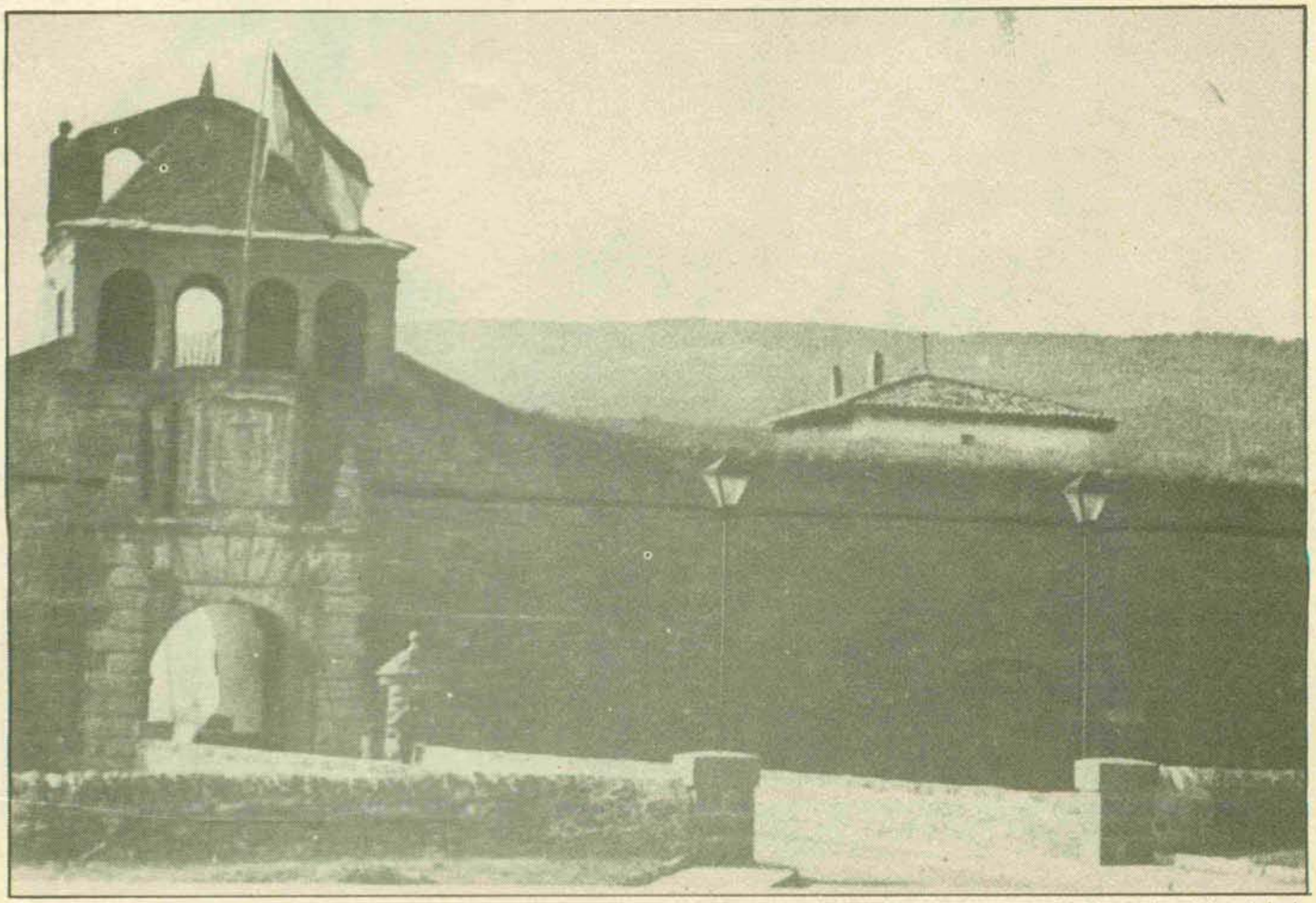
El entusiasmo de los estudiantes fue tal que al día siguiente le pidieron que recitara el romance en la vía pública. Y así lo hizo, subido a la mesa de un café, delante de la policía.

Tales hechos se inscribían, en realidad, en los días de «inminencia» republicana, que culminaron en Rota alzando una bandera tricolor del 73 en el mástil de su Ayuntamiento. Apenas conocida la proclamación de la República, Rafael y María Teresa regresaron a Madrid. Y el primero —ante quien se había quejado Margarita Xirgu, ya vinculada a García Lorca, de no haber conocido «El hombre deshabitado» antes que María Teresa

«Recién llegado a Madrid corrí, lleno de cívico entusiasmo, a proponerle a Margarita (Xirgu) el convertir aquellos romances míos sobre el héroe de Jaca en una obra de teatro, obra sencilla, popular, en la que me atendría, más que a la verdad histórica, a la que deformada por la gente ya empezaba a correr con visos de leyenda.» (Alberti, en el centro de la foto, con Margarita Xirgu a su derecha, y los demás actores de su obra «Fermín Galán», el día del estreno. 1936.)

Montoya, que fue quien la estrenó— se dirigió a la que tenía por actriz íntimamente ligada a los nuevos poetas españoles: «Recién llegado a Madrid —nos recuerda en sus Memorias—, corrí, lleno de cívico entusiasmo, a proponerle a Margarita el convertir aquellos romances míos sobre el héroe de Jaca en una obra de teatro, obra sencilla, popular, en la que me atendría, más que a la verdad histórica, a la que deformada por la gente ya empezaba a correr con visos de leyenda».

El tema y el personaje —¡cuánto no habían sido popularmente ensalzados Fermín Galán y García Hernández, como precursores y mártires de la nueva República Española!— del drama, así como la actitud política del autor y de la actriz presagiaban la mejor de las armonías con el nuevo público republicano. Pero no fue así. Y, con independencia de los juicios estéticos, la pequeña historia del estreno nos descubre, una vez más, el poder de revelación sociológica del acontecimiento teatral, a través del cual —es decir, del modo de acoger una determinada representación—, nos cabe conectar con unos niveles de la realidad que no suelen detectarse en las imágenes aparatosas y superficiales de la vida política. He aquí cómo recuerda Rafael Alberti la noche del estreno y algunas de las cosas que sucedieron después: «Primero de junio. Margarita era la madre del héroe, y éste, Pedro López Lagar, un joven actor de creciente prestigio. Esa noche, como era de esperar, acudieron los republicanos, pero también nutridos grupos de monárquicos, esparcidos por todas partes, dispuestos a armar bronca. El primer acto pasó bien, pero cuando en el segundo apareció el cuadro en el que tuve la peregrina idea de sacar a la Virgen con fusil y bayoneta calada, acudiendo en socorro de los maltrechos sublevados y pidiendo a gritos la cabeza del rey y del general Berenguer, el teatro entero protestó violentamente: los republicanos ateos porque nada querían con la Virgen, y los monárquicos por parecerles espantosos tan criminales sentimientos en aquella Madre de Dios que yo me había inventado. Pero lo peor faltaba todavía: el cuadro del cardenal —monseñor Segura—, borracho y soltando latinajos molierescos en medio de una fiesta en el palacio de los duques. Ante esto, los enemigos ya no pudieron contenerse. Bajaron de todas



Destinado en Jaca, ya con grado de Capitan —Galan— mantiene contactos con el Comite Revolucionario o Gobierno Provisional de la República, sumándose a la conspiración que este prepara. (Ciudadela de Jaca, edificada en tiempos de Felipe II.)

Enterado el Gobierno Provisional de los propósitos de Galán mandó a Jaca a Casares Quiroga —en la foto— para que lo contuviera hasta el 15. Cuando, en la mañana del 12 de diciembre, Casares habló con Fermín Galán, ya era tarde.

partes, y en francas oleadas, entre garrotazos y gritos, avanzaron hacia el escenario. Afortunadamente, alguien entre bastidores ordenó que el telón metálico, ese que tan sólo se usa en caso de incendio, cayese a la mayor velocidad posible. A pesar de esto, como el público seguía dispuesto a ver la obra hasta el final, Margarita, una Agustina de Aragón aquella noche, tuvo todavía el coraje de representar el epílogo, siendo coronada, al final, con toda clase de denuestos, pero también de aplausos por su extraordinario valor y ganado prestigio».

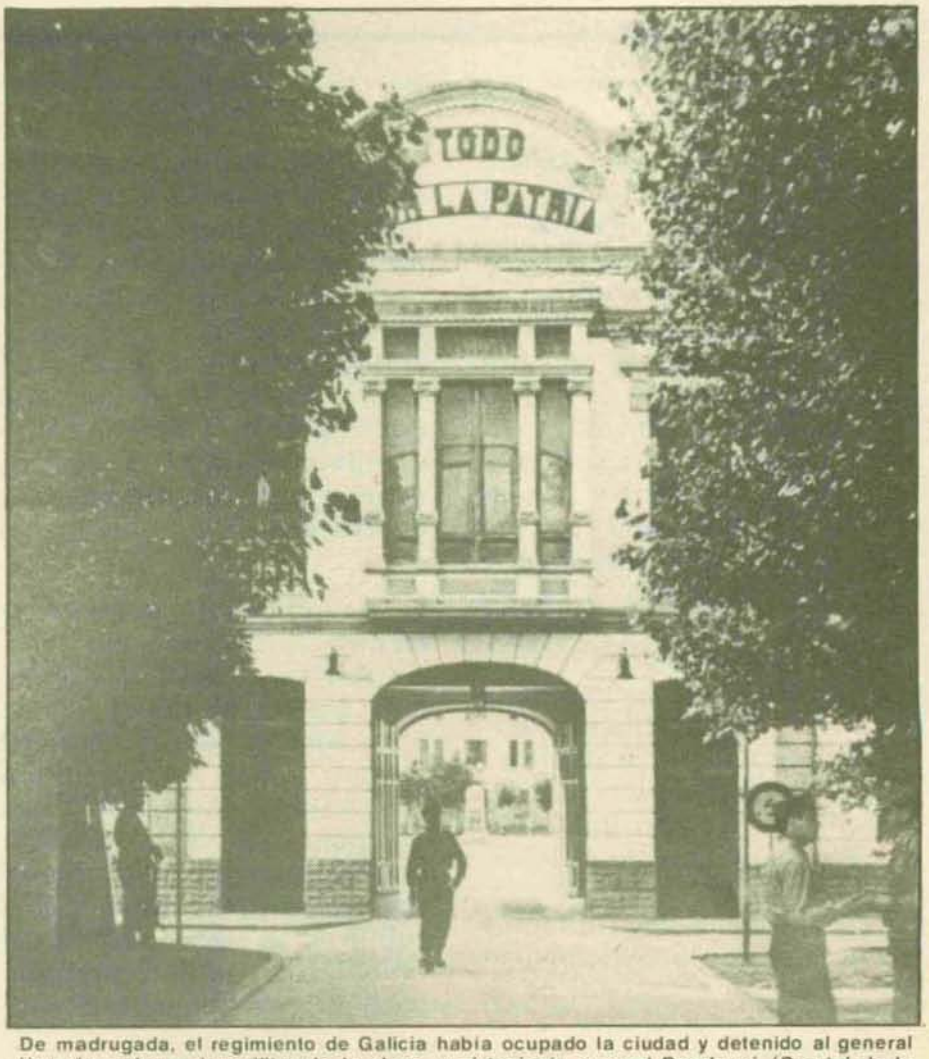
Las críticas fueron, en el caso de los periódicos monárquicos, agresivas e insultantes, en el de los republicanos, tibias, sobre todo porque la sublevación de Jaca parecía demasiado reciente como para ser llevada a la recreación escénica. Extremo este último que, al margen de los «evidentes errores» de la obra —según reconoció el propio Alberti—, quizá evidenciaba la insensibilidad del público teatral ante lo que había querido plantear el dramaturgo: un «romance de ciego», en el que, con el melodramatismo y las exageraciones propias del género, se recogiese lo que ya «empezaba a correr con visos de leyenda».

Cabría también preguntarse si esa exaltación de Fermín Galán no molestaba a quienes, desde el ángulo republicano, la consideraban opuesta a los hechos históricos. Oposición que si importó relativamente poco en el desarrollo de la leyenda popular, tenía forzosamente que pasar a la hora de enjuiciar un drama, que, por su autor, sus intérpretes y el lugar de la representación, adquiría la solemnidad casi oficial de una declaración republicana.

El hecho de que, a estas alturas, Fermín Galán no haya sido apenas reivindicado quizá prueba también que, pasada la emoción producida por su fusilamiento junto a García Hernández —«los héroes de Jaca»—, la crítica del personaje ha podido más que su leyenda.

EL PERSONAJE Y LOS HECHOS

Fermín Galán había nacido en la Isla de San Fernando, provincia de Cádiz, en 1899. Estudió en el Colegio de Huérfanos de la Guerra, en Guadalajara, y después en la Academia de Infantería. En 1919 se incorpora a las fuerzas españo-



De madrugada, el regimiento de Galicia había ocupado la ciudad y detenido al general Urruela, gobernador militar de la plaza, y al teniente coronel Beorlegui. (Cuartel de la Victoria, en Jaca, sede del regimiento de Galicia.)

Como Delegado del Comité Revolucionario Nacional a todos los habitantes de esta Ciudad y Demarcación hago saber:

Artículo único: Todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la Repùblica naciente será fusilado sin formaciòn de causa.

Dado en Jaca a 12 de Diciembre de 1930.

Fermín Galán.

«Ahora lo que se necesita es actuar. Cuando llegue la hora de cubrir cargos públicos, ya contaremos con ellos.» (Bando Revolucionario de Fermín Galán.)

las que luchan en Africa, siendo herido en el Rif, en 1924. Trasladado al Hospital Militar de Carabanchel, es ésta la etapa en que Galán se interesa decisivamente por la política, escribiendo una novela sobre la Guerra de Africa, «La barbarie organizada», en la que ataca la figura del general Primo de Rivera. Encerrado en Montjuich, escribe otro libro, entre filosófico y político, titulado «Nueva Creación». La caída de Primo de Rivera supone para Fermín Galán, que lleva ya tres años encarcelado y aún no ha cumplido su condena, la libertad. Por un momento piensa en dejar el Ejército, pero, finalmente, acepta su destino en Jaca, ya con grado de Capitán. Desde allí mantiene contactos con el Comité Revolucionario o Gobierno Provisional de la República, sumándose a la conspiración que éste prepara. El 12 de diciembre de 1930, adelantándose en tres días a la fecha prevista, se alza en armas, proclama en Jaca la República y avanza sobre Huesca. Vencidas sus tropas, él se entrega. El día 14 es juzgado sumariamente y ejecutado junto a García Hernández, sin que el gobierno, pese a las incontables peticiones de clemencia recibidas, considerase oportuno modificar la sentencia.

La «conmoción» popular es tremenda. Y no hace sino dramatizar más y más una atmósfera que estallará el 14 de abril, alzando los nombres de Fermín Galán y de García Hernández como dos mártires excepcionales de la República. Hagamos, sin embargo, un poco de historia y situemos la sublevación de Jaca en el marco del golpe preparado para el 15 de diciembre...

Todo el movimiento prerrepublicano —profundamente activo, expresado en innumerables huelgas, manifestaciones estudiantiles, estrategia de partidos y sindicatos, conspiraciones militares, etc.— había desembocado, tras la caída de Primo de Rivera, en el Pacto de San Sebastián, del cual había nacido el Comité Ejecutivo formado por Alcalá Zamora, Miguel Maura, Indalecio Prieto, Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz y Fernando de los Ríos. Esto sucedía a mediados de agosto de 1930. El 29 de septiembre, domingo, se celebraba en la plaza de toros de Madrid una impresionante y disciplinada «concentración popular», que escuchaba los discursos de varios líderes republicanos sin perder el control ante el despliegue de la guardia civil. En octubre, se declaraba una huelga general en Bilbao, y otras en Murcia, Logroño, Málaga y Sevilla. El 10 de ese

mismo mes, el creciente rumor sobre inminentes alzamientos se veía reafirmado por la detención de varios oficiales —uno, el comandante Ramón Franco— y personalidades políticas. El día 14, en el entierro de cuatro obreros, víctimas de un accidente de trabajo, se producía, al negarse el Director General de Seguridad a que pasara el cortejo por la Carrera de San Jerónimo y la Puerta del Sol, una carga de la policía que causaba dos muertos y numerosos heridos. Como consecuencia de estos hechos tenían lugar diversas huelgas que, en Barcelona, conducían a sangrientos choques entre los huelguistas y la fuerza pública. En ese mismo octubre, el Comité Revolucionario se convertía en Gobierno Provisional de la República. Numerosas guarniciones estaban dispuestas a sumarse al alzamiento que debía acabar con la Monarquía. Un alzamiento que, finalmente, se fijó para el 15 de diciembre... Y para el que se contaba con la guarnición de Jaca.

El 11, Fermín Galán se enfrentaba con el siguiente dilema: las guarniciones de Huesca y Zaragoza contaban con regimientos dispuestos a sublevarse, si bien el Capitán General de Aragón se disponía a paralizarlos. ¿Qué hacer? ¿Esperar al día 15, o adelantarse para no dar tiempo a que el Capitán General cumpliera sus propósitos? A escala «estrictamente aragonesa», la decisión de Fermín Galán sólo podía ser una: adelantarse.

Enterado el Gobierno Provisional de los propósitos de Galán —el telegrama, en clave, decía: «Viernes, día 12, enviad libros»—, mandó a Jaca a Casares Quiroga para que lo contuviera hasta el día 15. Cuando, en la mañana del 12, Casares habló con Fermín Galán, ya era tarde. De madrugada, el regimiento de Galicia había ocupado la ciudad y detenido al general Urruela, gobernador militar de la plaza, y al teniente coronel Beorlegui. El delegado del Gobierno Provisional no quiso avalar la acción precipitada. Fermín Galán repuso: «Ahora no es cuestión de protestas ni de desanimarnos. ¡La cosa está ya hecha! Dentro de una hora saldremos para Huesca. Tengo la seguridad de que triunfaremos. Si el delegado del Gobierno no quiere venir con nosotros, que se quede; si el Comité nacional no se hace responsable del movimiento, nos da lo mismo... Ahora lo que se necesita es actuar. Cuando llegue la hora de cubrir cargos públicos, ya contaremos con ellos».

Algo, sin embargo, fallaba en el comportamiento de Galán, porque habiendo precipitado su acción para ganar tiempo y para conectar con acordados movimientos obreros de Huesca y Zaragoza, la lentitud con que procedió invalida —al margen de la negativa incidencia de su adelantamiento en el plan general— buena parte de sus argumentaciones. He aquí cómo cuenta Tuñón

La lentitud con que procedió (Galán) invalida —al margen de la negativa incidencia de su adelantamiento en el plan general— buena parte de sus argumentaciones. (Portada de una revista de la época, con la efigie de ambos capitanes.)

de Lara el avance y la derrota de los hombres de Galán:

«La marcha se organizó muy lentamente. Se requisaron unos cincuenta camiones y, después de dar un rancho a la tropa, salieron dos columnas de Jaca —en total unos mil hombres, entre soldados y paisanos—, una por carretera y otra por tren. Llovía sin cesar y los soldados ya estaban empapados antes de salir. Más tarde, al encontrar la vía férrea cortada, se unieron en una sola columna por carretera.

En Madrid era mediodía cuando se enteraron, y eso por medio de un despacho recibido en telégrafos. Una hora después, Berenguer se puso al habla con el capitán general de Aragón, general Fernández Heredia, que ya tenía alguna noticia de lo ocurrido. Desde luego, en Zaragoza no pasaba nada. Había agitación en las fábricas y entre los ferroviarios, pero todos esperaban instrucciones de las direcciones nacionales de sus respectivos sindicatos.

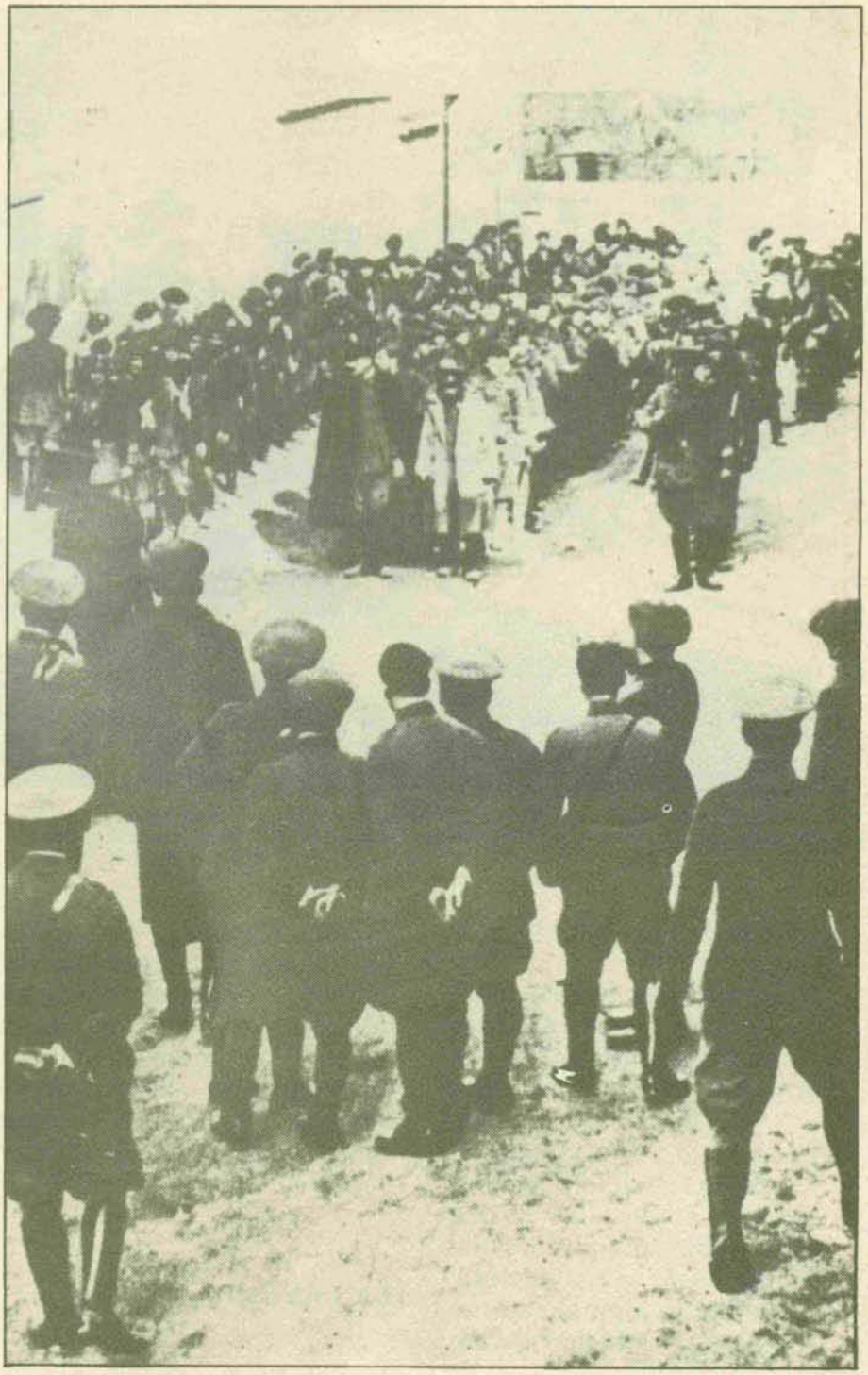
Si las autoridades reaccionaban con lentitud, no era menor la de los sublevados, que desaprovecharon la ocasión de caer por sorpresa sobre Huesca. Avanzaban muy despacio. Ya caía la tarde cuando hicieron prisioneros a dos policías que, procedentes de Huesca, iban en un taxi. Cerca de Anzánigo se encontraron con el general de Las Heras, gobernador militar de Huesca, que iba con sus ayudantes y unos cuantos guardias civiles. Se acercó un oficial sublevado y el general hizo fuego a boca de jarro contra él. La respuesta fue una descarga cerrada de fusilería; cayó muerto su ayudante, capitán Mínguez; huyó herido el general con el resto de su grupo. (Poco después fallecería a consecuencia de las heridas). A partir de ese momento, se avanzó mucho más lentamente, por el sistema de altos repetidos y descubiertas. Era noche cerrada cuando la columna llegó a Ayerbe, localidad de vieja tradición republicana. Los habitantes ofrecieron víveres a la tropa y cincuenta voluntarios se unieron a la columna. A la una y media de la madrugada, bajo una lluvia helada, la columna reanudó su marcha: estaban a 22 kilómetros de Huesca. A esa misma hora llegaban a esa ciudad fuerzas militares enviadas desde Zaragoza, que el general Dolla dispuso en las alturas próximas al santuario de Cillas. Amanecía cuando la columna republicana divisó el santuario y las casas cercanas. El servicio de descubierta señaló que había allí tropas ocupando los montículos. Se envió, como parlamentarios, a los capitanes García Hernández y Salinas, que no debían regresar, pues fueron hechos prisioneros. Las ametralladoras gubernamentales comenzaron a disparar. No había opción; las fuerzas se desple-

Era noche cerrada cuando la columna llegó a Ayerbe, localidad de vieja tradición republicana. Los habitantes ofrecieron víveres a la tropa y cincuenta voluntarios se unieron a la columna. (Plaza de Ayerbe).

garon en guerrilla. La lucha era desigual; el fuego duró desde las siete y media a las nueve de la mañana; al final, las fuerzas de Galán se desorganizaron, las municiones se agotaron (habían huido los camiones de la cartuchería) y eran ya sesenta las bajas. El capitán Gallo intentó contener la desbandada, pero Galán dio el alto el fuego. Siguieron disparando, sin embargo, los gubernamentales y, a las diez de la mañana, lanzaron el escuadrón de Castillejos en persecución de los fugitivos...

Galán marchó en el estribo de un camión hasta la pequeña localidad de Biscarrués. Pudo huir tranquilamente y pasar la frontera, pero creyó que su deber era entregarse y salvar así otras vidas. Y se entregó al alcalde de ese pueblecito».

El Consejo de Guerra tuvo lugar en la mañana del domingo, día 14, en un cuartel de Huesca. Comparecieron los capitanes Galán, García Hernández y Salinas, tenientes Muñoz y Fernández y el alférez Gisbert. Los dos primeros fueron condenados a muerte y los restantes a cadena perpetua. Pese a que era domingo, aquella misma tarde los dos capitanes eran fusilados. García Hernández, confesó y comulgó. Galán rechazó al sacerdote y murió, tras fumar un pitillo, mirando los fusiles.



La lucha era desigual; el fuego duró desde las siete y media a las nueve de la mañana; al final, las fuerzas de Galán se desorganizaron, las municiones se agotaron y eran ya sesenta las bajas. (Al fondo de la fotografía, miembros de la Columna Galán, prisioneros de las tropas del Gobierno en la Plaza de Ayerbe, tras la «batalla» de Cillas.)

UN JUICIO DE MIGUEL MAURA

De aquel Gobierno Provisional de la República, que envió a Casares con la orden de contener a Galán, formaba parte Miguel Maura. En su libro «Así cayó Alfonso XIII» aparecen varias páginas dedicadas a los sucesos de Jaca, en las que juzga con dureza la figura de Fermín Galán. Por la personalidad de Maura, es obvio que no se trata de una simple opinión personal sino de la que debieron compartir los principales responsables del frustrado alzamiento de diciembre. He aquí algunos párrafos del libro de Maura:

«Lo ocurrido en Jaca fue un lamentable error, la locura de un exaltado, que redimió su grave culpa dejándose matar en vez de escapar, lo que le valió entrar en la Historia por la puerta roja de los mártires, cuando, en realidad, sólo censuras merecía, por su insubordinación, por su ligereza y por la ausencia total de capacidad en el mando de la acción revolucionaria. (...) Ni política, ni estratégica, ni militarmente tiene la menor justifi-

Pese a que era domingo, aquella misma tarde los dos capitanes eran fusilados. García Hernández, confesó y comulgó. Galán rechazó al sacerdote y murió, tras fumar un pitillo, mirando los fusiles. (El Consejo de guerra sumarísimo contra los capitanes Galán y García Hernández y el resto de sublevados en Jaca.)

cación la aventura de Fermín Galán».

Y, más adelante, refiriéndose a lo que Casares Quiroga contó a los miembros del Gobierno Provisional —reunidos todos en la cárcel de Madrid—, Maura puntualiza:

«Del relato detallado vinimos a sacar la convicción de que Galán había pretendido locamente llevar por su cuenta, y sin contacto alguno con nosotros, una revolución de carácter anárquico. Amigos de Galán, presos en la cárcel de Huesca, le habían referido que tenía preparados los decretos y las órdenes para instaurar un gobierno libertario que pensaba había de residir en Zaragoza, hasta el momento de entronizarlo en Madrid —pura locura propia de un desequilibrado—. Cuanto nos dijo Casares quedó luego confirmado... Hacer de Galán el protomártir de la Segunda República es quizá muy emocionante y muy poético, pero es una falsedad histórica. Galán no fue otra cosa que un anarquista suelto y desbocado, que hizo con su conducta grave daño a la República, daño sin duda irreparable y definitivo de no haber estado ya desahuciada la Monarquía».

LA LEYENDA

Yo no sé si cuando Miguel Maura escribía estas cosas —«hacer de Galán el protomártir de la Segunda República es quizá muy emotivo y muy poético, pero es una falsedad histórica»— pensaba en la obra de Alberti. No importa, porque Alberti no hizo más que abundar en el que era un tema popular, tratado de mil maneras y recogido también en varios dramas, de los que son ejemplo «Los héroes de la República o la tragedia de Jaca», de Luis Fernández, y «Los mártires de la libertad o los sublevados de Jaca», de Antonio Borrelle, cuyos títulos no pueden ser más inequívocos. Es más que probable que cuanto dice Miguel Maura sea políticamente cierto. Pero la verdad es que Fermín Galán no fue celebrado por su talante político ni por su capacidad dialéctica. En los mismos trazos peyorativos de Maura están ya todos los elementos que conforman la figura del héroe popular: desde su misma impaciencia inicial al hecho de entregarse a las autoridades, confiando en que su fusilamiento evitará el de alguno de sus subordinados; desde su enfrentamiento con Casares, el político cauto y profesional, hasta su serena manera de morir; desde su avance sobre Huesca, entre las nieves de diciembre, hasta su derrota ante una fuerza muy superior; desde el juicio sumarísimo que le condena a muerte por ser republicano, y

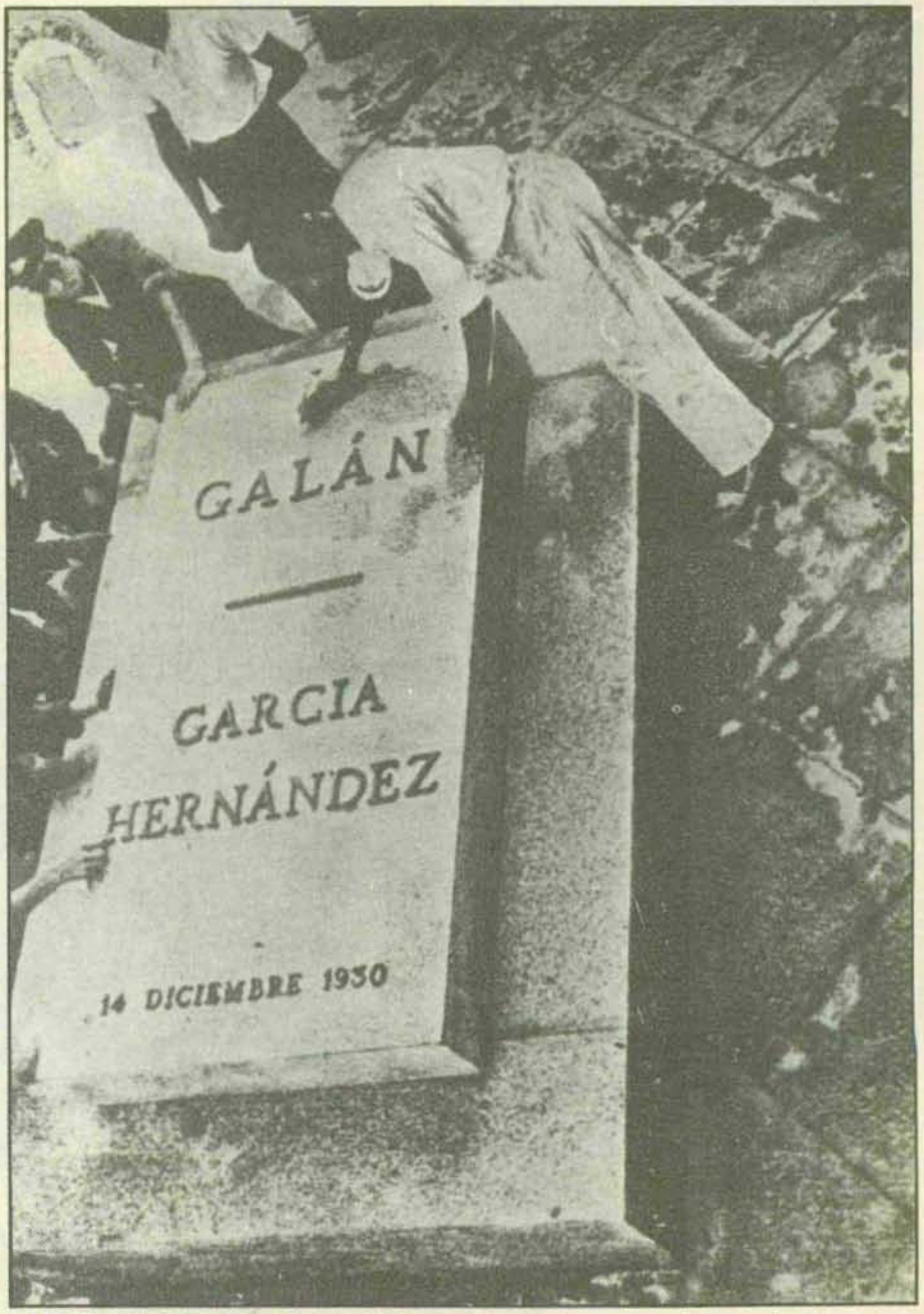
haberse comprometido como tal, hasta la inmensa alegría con que la República es recibida unos meses más tarde...

Fermín Galán y García Hernández se convierten así en dos personajes míticos muy poco después de ser fusilados. Si Alberti escribe en Rota romances sobre la vida del primero y, llegado el 14 de abril, decide convertirlos en una obra de teatro, es porque Fermín Galán vive en la realidad popular sin reverencia alguna a la precisión erudita. Hay unos datos ciertos —su sublevación, su derrota, su entrega voluntaria y su fusilamiento— y lo demás lo recrea la sensibilidad «republicana» según sus necesidades emocionales. Bien mirado, la mayor parte de los héroes históricos «reconocidos» suelen ser grandes y sólidos personajes, que defendieron valores establecidos y que ganaron sus batallas. Un simple capitán, algo anarquista, encarcelado durante algunos años, que se subleva, pierde y muere, no es nada despreciable en ese nuevo censo que teóricamente corresponde a un teatro republicano.

Si García Lorca se inspiró —en plena Dictadura— en una canción infantil para escribir su «Mariana Pineda», Alberti busca también otra tradición de la calle, el romance de ciego, para escribir su «Fermín Galán»; no dejando de ser interesante advertir que si este común origen popular da a ambas obras un trazo épico, un ritmo y un lenguaje de «estampa», en un caso se somete a la delicada melancolía de la canción infantil, a la poética de un viejo álbum de fotografías, mientras que en el otro la inspiración del romance de ciego conduce al autor a un drama más espeso, más gritado y menos lunar.

EL ROMANCERO DE FERMIN GALAN

Con los romances escritos en Rota y los que inmediatamente después escribió en Madrid, Alberti completó la obra de teatro. Ante el insatisfactorio resultado del estreno y considerando que el error quizá estaba en haber metido en un teatro burgués lo que era poesía de la calle, para ser dicha y escuchada de un modo distinto a como lo había sido en el Español, Alberti decidió reordenar el «Romancero de Fermín Galán y los sublevados de Jaca», cuya nota de introducción dice así: «Este romancero está entresacado de mi obra «Fermín Galán», estrenada por Margarita Xirgu, en el teatro Español de Madrid, el día 1 de junio de 1931. Romance de ciego. Chafarrinón a veces. Estilo llano, simplista. No la historia del capitán de Jaca y sus compañeros, el dato preciso, la anécdota exacta, sino la leyenda, con todas sus deformaciones, na-



«Lo ocurrido en Jaca fue un lamentable error, la locura de un exaltado que redimió su grave culpa dejándose matar en vez de escapar, lo que le valió entrar en la Historia por la puerta roja de los mártires.» (En los primeros y exaltados momentos de la República, se pretendió colocar los restos de Galán y García Hernández en la Puerta de Alcalá de Madrid, en la foto la lápida que se destinaba a tal efecto. El proyecto fue desechado más tarde.)

«Del relato detallado vinimos a sacar la convicción de que Galán había pretendido locamente llevar por su cuenta, y sin contacto alguno con nosotros, una revolución de carácter anárquico.» (Miguel Maura.)

ciente con la sangre recién soltada del corazón volcado del héroe. Verdad política, popular, recogida de los labios ingenuos». Unos versos de Antonio Machado:

«La primavera ha venido
del brazo de un Capitán.
Niñas, cantad a coro:
¡Viva Fermín Galán!»

sirven de pórtico. Nueve episodios —entre los que no figuraba ninguna referencia a la «alineación republicana» de la Virgen de Cillas presentada en la obra— resumían, en términos poéticamente más sólidos que el drama, puesto que se trataba de un «romance de ciego» y no una adaptación de éste a la escena, la biografía de Galán.

El adelanto de Jaca sobre la fecha prevista por el Gobierno Revolucionario lo explica así el poeta en el cuarto episodio del Romancero:

«Hacer de Galán el protomártir de la Segunda República es quizá muy emocionante y muy poético, pero es una falsedad histórica.» (En la fotografía, a la salida de la capilla del Palacio Nacional (hoy Palacio Real), tras la celebración de una misa por el alma de los sublevados de Jaca. El Presidente de la República, D. Niceto Alcalá Zamora y su señora, acompañan a la madre de Galán y a la viuda de García Hernández.)

España va a sublevarse
y empezará por los montes.
Jaca será la primera.
Ya si le hablan no oye,
ya no vive, ya no duerme;
su misma sangre le absorbe.
Le comunica el Gobierno
revolucionario órdenes.
No puede esperar. No espera.
Su sino así lo dispone.

«La primavera ha venido
del brazo de un capitán.
Niñas, cantad a coro:
¡Viva Fermín Galán!»

Miradle con sus amigos,
con los que le reconocen
capitán del movimiento.
Miradlos la última noche.
Era en el mes de diciembre.
Nieve y lluvia. Día doce.»

La leyenda tiene sus razones
que el historiador desconoce.
■ J. M.